**Las Parábolas de la Misericordia**

**Lc 7, 36-50. Los dos deudores del acreedor: a quien se perdona mucho, ama mucho**

36.Un fariseo invitó a Jesús a comer con él. Jesús entró en la casa y se sentó a la mesa.

37.Entonces una mujer pecadora que vivía en la ciudad, al enterarse de que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, se presentó con un frasco de perfume.

38.Y colocándose detrás de él, se puso a llorar a sus pies y comenzó a bañarlos con sus lágrimas; los secaba con sus cabellos, los cubría de besos y los ungía con perfume.

39.Al ver esto, el fariseo que lo había invitado pensó: «Si este hombre fuera profeta, sabría quién es la mujer que lo toca y lo que ella es: ¡una pecadora!».

40.Pero Jesús le dijo: «Simón, tengo algo que decirte». «Di, Maestro», respondió él.

41.«Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios, el otro cincuenta.

42.Como no tenían con qué pagar, perdonó a ambos la deuda. ¿Cuál de los dos lo amará más?».

43.Simón contestó: «Pienso que aquel a quien perdonó más». Jesús le dijo: «Has juzgado bien».

44.Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y tú no derramaste agua sobre mis pies; en cambio, ella los bañó con sus lágrimas y los secó con sus cabellos.

45.Tú no me besaste; ella, en cambio, desde que entré, no cesó de besar mis pies.

46.Tú no ungiste mi cabeza; ella derramó perfume sobre mis pies.

47.Por eso te digo que sus pecados, sus numerosos pecados, le han sido perdonados porque ha demostrado mucho amor. Pero aquel a quien se le perdona poco, demuestra poco amor».

48.Después dijo a la mujer: «Tus pecados te son perdonados».

49.Los invitados pensaron: «¿Quién es este hombre, que llega hasta perdonar los pecados?».

50.Pero Jesús dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz».



**Lc 10,25-37. El buen samaritano: la compasión de un extranjero**

25.Y entonces, un doctor de la Ley se levantó y le preguntó para ponerlo a prueba: «Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la Vida eterna?».

26.Jesús le preguntó a su vez: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?».

27.Él le respondió: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu, y a tu prójimo como a ti mismo».

28.«Has respondido exactamente, le dijo Jesús; obra así y alcanzarás la vida».

29.Pero el doctor de la Ley, para justificar su intervención, le hizo esta pregunta: «¿Y quién es mi prójimo?».

30.Jesús volvió a tomar la palabra y le respondió: «Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos bandidos, que lo despojaron de todo, lo hirieron y se fueron, dejándolo medio muerto.

31.Casualmente bajaba por el mismo camino un sacerdote: lo vio y siguió de largo.

32.También pasó por allí un levita: lo vio y siguió su camino.

33.Pero un samaritano que viajaba por allí, al pasar junto a él, lo vio y se conmovió.

34.Entonces se acercó y vendó sus heridas, cubriéndolas con aceite y vino; después lo puso sobre su propia montura, lo condujo a un albergue y se encargó de cuidarlo.

35.Al día siguiente, sacó dos denarios y se los dio al dueño del albergue, diciéndole: "Cuídalo, y lo que gastes de más, te lo pagaré al volver".

36.¿Cuál de los tres te parece que se portó como prójimo del hombre asaltado por los ladrones?».

37.«El que tuvo compasión de él», le respondió el

doctor. Y Jesús le dijo: «Ve, y procede tú de la misma manera».



**Lc 15,1-10. En busca de la dracma y la oveja perdidas y encontradas**

1.Todos los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para escucharlo.

2.Los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos».

3.Jesús les dijo entonces esta parábola:

4.«Si alguien tiene cien ovejas y pierde una, ¿no deja acaso las noventa y nueve en el campo y va a buscar la que se había perdido, hasta encontrarla?

5.Y cuando la encuentra, la carga sobre sus hombros, lleno de alegría,

6.y al llegar a su casa llama a sus amigos y vecinos, y les dice: "Alégrense conmigo, porque encontré la oveja que se me había perdido".

7.Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse».

8.Y les dijo también: «Si una mujer tiene diez dracmas y pierde una, ¿no enciende acaso la lámpara, barre la casa y busca con cuidado hasta encontrarla?

9.Y cuando la encuentra, llama a sus amigas y vecinas, y les dice: "Alégrense conmigo, porque encontré la dracma que se me había perdido".

10.Les aseguro que, de la misma manera, se alegran los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte».



**Lc 15,11-32. El padre misericordioso: una compasión excesiva**

11.Jesús dijo también: «Un hombre tenía dos hijos.

12.El menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte de herencia que me corresponde". Y el padre les repartió sus bienes.

13.Pocos días después, el hijo menor recogió todo lo que tenía y se fue a un país lejano, donde malgastó sus bienes en una vida licenciosa.

14.Ya había gastado todo, cuando sobrevino mucha miseria en aquel país, y comenzó a sufrir privaciones.

15.Entonces se puso al servicio de uno de los habitantes de esa región, que lo envió a su campo para cuidar cerdos.

16.Él hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba.

17.Entonces recapacitó y dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí muriéndome de hambre!

18.Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: Padre, pequé contra el Cielo y contra ti;

19.ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros".

20.Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente; corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó.

21.El joven le dijo: "Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; no merezco ser llamado hijo tuyo".

22.Pero el padre dijo a sus servidores: "Traigan en seguida la mejor ropa y vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies.

23.Traigan el ternero engordado y mátenlo. Comamos y festejemos,

24.porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado". Y comenzó la fiesta.

25.El hijo mayor estaba en el campo. Al volver, ya cerca de la casa, oyó la música y los coros que acompañaban la danza.

26.Y llamando a uno de los sirvientes, le preguntó qué significaba eso.

27.Él le respondió: "Tu hermano ha regresado, y tu padre hizo matar el ternero engordado, porque lo ha recobrado sano y salvo".

28.Él se enojó y no quiso entrar. Su padre salió para rogarle que entrara,

29.pero él le respondió: "Hace tantos años que te sirvo, sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos.

30.¡Y ahora que ese hijo tuyo ha vuelto, después de haber gastado tus bienes con mujeres, haces matar para él el ternero engordado!".

31.Pero el padre le dijo: "Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo.

32.Es justo que haya fiesta y alegría, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado"».



**Lc 16,19-31. El rico anónimo y el pobre Lázaro: lo opuesto a la misericordia de Dios**

19.Había un hombre rico que se vestía de púrpura y lino finísimo y cada día hacía espléndidos banquetes.

20.A su puerta, cubierto de llagas, yacía un pobre llamado Lázaro,

21.que ansiaba saciarse con lo que caía de la mesa del rico; y hasta los perros iban a lamer sus llagas.

22.El pobre murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. El rico también murió y fue sepultado.

23.En la morada de los muertos, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro junto a él.

24.Entonces exclamó: "Padre Abraham, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en el agua y refresque mi lengua, porque estas llamas me atormentan".

25."Hijo mío, respondió Abraham, recuerda que has recibido tus bienes en vida y Lázaro, en cambio, recibió males; ahora él encuentra aquí su consuelo, y tú, el tormento.

26.Además, entre ustedes y nosotros se abre un gran abismo. De manera que los que quieren pasar de aquí hasta allí no pueden hacerlo, y tampoco se puede pasar de allí hasta aquí".

27.El rico contestó: "Te ruego entonces, padre, que envíes a Lázaro a la casa de mi padre,

28.porque tengo cinco hermanos: que él los prevenga, no sea que ellos también caigan en este lugar de tormento".

29.Abraham respondió: "Tienen a Moisés y a los Profetas; que los escuchen".

30."No, padre Abraham, insistió el rico. Pero si alguno de los muertos va a verlos, se arrepentirán".

31.Abraham respondió: "Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, aunque resucite alguno de entre los muertos, tampoco se convencerán"».



**Lc 18, 1-8. El juez y la viuda. ¿cómo cambia el corazón de Dios?**

1.Después Jesús les enseñó con una parábola que era necesario orar siempre sin desanimarse:

2.«En una ciudad había un juez que no temía a Dios ni le importaban los hombres;

3.y en la misma ciudad vivía una viuda que recurría a él, diciendole: "Te ruego que me hagas justicia contra mi adversario".

4.Durante mucho tiempo el juez se negó, pero después dijo: "Yo no temo a Dios ni me importan los hombres,

5.pero como esta viuda me molesta, le haré justicia para que no venga continuamente a fastidiarme"».

6.Y el Señor dijo: «Oigan lo que dijo este juez injusto.

7.Y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche, aunque los haga esperar?

8.Les aseguro que en un abrir y cerrar de ojos les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?».



**Lc 18,9-14. El fariseo y el publicano en el templo ¿Quién es justificado por Dios?**

9.Y refiriéndose a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, dijo también esta parábola:

10.«Dos hombres subieron al Templo para orar: uno era fariseo y el otro, publicano.

11.El fariseo, de pie, oraba en voz baja: "Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros; ni tampoco como ese publicano.

12.Ayuno dos veces por semana y pago la décima parte de todas mis entradas".

13.En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se animaba siquiera a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: "¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador!".

14.Les aseguro que este último volvió a su casa justificado, pero no el primero. Porque todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado».

*Textos: El Libro del Pueblo de Dios. http://www.bibliacatolica.com.br*